

**RODRIGO SORIANO**

---

*En un lugar  
de la Mancha...*

---

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA VELADA QUE  
SE CELEBRÓ EN EL CASINO REPUBLICANO RADI-  
CAL LA NOCHE DEL 7 DE MAYO DE 1905  
CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

---

VALENCIA  
Imp. de «EL RADICAL»  
1905

A instancias de muchos correligionarios,  
reimprimimos este discurso, tomado taquigrá-  
ficamente en la noche del día 7 de Mayo de 1905.



## EN UN LUGAR DE LA MANCHA...

*Señoras y Señores:*

### **Sancho y Don Quijote**

En la magnífica bóveda de follaje con que habéis cubierto el triunfal paso de Don Quijote, durante la solemne y noble velada que el Partido Radical dedica al gran Cervantes, el vientecillo suave y grato de la amistad ha deshojado algunos ramos; sus hojas, arrastradas por vuestra cortesía gentil, acariciaron mi frente. Se me ha aludido por los unos y por los otros, con elocuencia y con gracejo simpár, comparándome los más enemigos de mi tranquilidad con el flaco Don Quijote, y los más amigos de mi salud con el obeso Sancho Panza. (Risas.) A tal punto, que confundido yo por el homenaje, ni pue-

do ni debo aceptarle tan señalado, que la caballería andante tiene sus quiebras y la moliente su castigo en el duro suelo. Estoy, pues, en situación de ignorar si en la política soy Quijote ó soy Sancho: y yo, puesto á partir entre los dos, con el uno y con el otro me quedo, que si el lanzón del caballero es preciso para fenecer y acabar de un bote á todo malandrín de la política valenciana, la montera de Sancho con su rústico y firme cuero, debe cubrir también lo de tejas arriba amueblando el cerebro para conservar íntegra la ínsula Barataria ganada.

Pero en fin, amigos míos, yo regalo de buen grado el rucio sancho-pancesco á mis enemigos para que vaya á ocupar un puesto de regidor. (Risas.)

Y con el rucio, los bolsillos de Sancho que les sirvan de faltriquera en el Repeso del Mercado. En cuanto al Partido Radical, prefiere al rocín honrado del caballero sin tacha pues con él cabalga derecho en alas de la justicia y de la moral. (Aplausos.)

### Los galeotes

Mi amigo fraternal el Sr. Dualde, queriendo dar una nota oportuna en esta fiesta, con su proverbial elocuencia la señaló, mas ¡ay!, que por recordar un pasaje quijotil me ha hecho de él su primera víctima.

¿No recordáis, los que leyeráis el libro inmortal, la «Biblia profana», como ha di-

cho muy bien el Sr. Milego; no recordáis aquel soberano poema de dolor y de indignación humana que se llama el «Encuentro de los Galeotes?»

El bravo caballero, que á la tibia luz del amanecer abandona el corral de su hogar manchego sacando por el portén la flaca cabalgadura, toda hueso y espíritu como su triste dueño, luego de correr por el mundo, en medio de un despoblado topa con extraño grupo de hombres. Son los «galeotes forzados del rey», harapos humanos que corren sobre el polvo de los caminos entre guardas y hierros, de modo parecido al de nuestras modernas cuanto bárbaras conducciones. Unidos con argollas forman ellos un horrendo rosario del horror, que ensarta en sus impías cuentas el dolor con el dolor, la blasfemia con la queja. Van allí juntos los desdichados criminales que embutirán por largos años sus carnes en los pesados galeones del rey. Don Quijote párase ante ellos, y uno á uno va preguntándoles sus delitos y culpas. Quién contesta bajando humildemente su cabeza al pecho, cubriéndolo con su nevada barba, que es una estrofa de dolor; quién responde, roto y jovial en su picaresca jerga, burlando la justicia y escarneciendo á los humanos...

Y ante aquellas confesiones que revuelven en el fondo de sus posos la indignidad humana, en aquel diálogo inmortal en que surcan lágrimas venerables las mejillas y silba la víbora del crimen en

pecaminosos labios, Don Quijote, derecho en su rocín, mira cielo y tierra como preguntándoles por qué razón engendraron tantas y tan infamantes desventuras.

Va con la cadena de foragidos un mocetón, á quien sujetan y atraillan gruesas argollas por cintura y cuello, haciendo de él fiera aherrojada con vestidura de hombre. Y preguntándole Don Quijote por qué razón tan extremado rigor, Ginés de Pasamonte, que así llaman al criminal, le responde que es el más pecador de todos y que por ello le persiguen con tanta gana... Pues bien; yo pregunto al Sr. Dualde: ¿Qué delito cometí, querido é ilustre amigo mío, para que me convirtierais en nuevo Ginés de Pasamonte, cargándome con los pesados hierros de un discurso y atraillándome con la obligación de hacer largo el mío para decir corto el vuestro?... Mas ¡ay!, que así como Ginés de Pasamonte, una vez libre arroja los grillos y muele á Don Quijote, ya Sr. Dualde, que vuesa-mercé me hizo tan criminal, cargándome de tantos hierros, yo los arrojo al cuello de vuestra señoría, digao presidente de esta velada, obligándole á que pronuncie un discurso en su final. (Grandes aplausos y risas.) Ya veis á qué mala parte conduce el tratar con galeotes. (Risas.)

### **La vela de las armas**

Os aseguro, señoras y señores, que si la facilidad de expresión que ofrece el continuo luchar me dió otras veces bríos,

esta noche, perplejo y turbado, apenas si mis labios pueden balbucir palabra. Me hallo frente á frente del más grande, noble y alto de los ingenios soberanos del mundo... Y al modo que contempláis el mar en los días de rugiente tempestad, y se estremecen vuestras almas ante el tremendo drama que hablan las olas irritadas á los irritados cielos, y así como quedáis embobados ante la tragedia del color, del rayo que desgarrá las tinieblas, de la irisada luz que serpea en la cresta del oleaje, así yo, os aseguro que atónito y temeroso contemplo la soberana majestad del soberano ingenio que cruzó las tempestades de la vida, regando con sus lágrimas el desierto manchego y convirtiendo en mar de dolor aquellas tan exhaustas arenas. (Aplausos.)

Recordemos la escena del «Quijote» en que el caballero llega á la venta. Todo es alegría y fiesta en la posada manchega: la luna quiebra sus rayos blancos en la limpia pared y en el blanquecino pavimento del patio rústico: bajo la parra, en que cascabelean los pámpanos, bailan mozas livianas y arriscados mozos. Y el buen caballero, el que hizo de la carne hueso y de sus nervios acero de armadura, impassible pasea en vela de sus armas. El espectáculo carnal de la vida es rígido y herrumbroso hierro viejo para el caballero ideal.

Así yo, señores, velo la despuntada lanza de mi oratoria y la rota adarga de

mi lenguaje y el casco hendido de mis bríos oratorios... Y los velo en el silencio dulce de las noches, temeroso del despertar, temblando porque se deshaga el misterio y la que semejaba brillante armadura caballerisca parezca fementida vestidura de cartón y el casco de gallardo plumaje tome forma de bacía del barbero. (Grandes aplausos.)

### Rocinante y España

Señores míos: preciso es al fin hablar del objeto de esta velada... Se festeja en España á Cervantes, á Don Quijote y á Sancho. Estas señoras que delante están, con su presencia sola son también el festejo de la sin par Dalcinea, como ella «fermosas y dechados de fermosura», y así prenden en sus tocas el corazón del gentil caballero.

Pero entre tanto festejo y homenaje, os habéis olvidado de uno, para mí el más simpático de los personajes del «Quijote».

Yo, que gusto de mirar á los débiles, yo, que fijo mis ojos en la baja tierra con más placer que en el deshabitado cielo, yo, en fin, que cifro mi orgullo en el desprecio de los grandes, os aseguro que siento la injusticia de haberos olvidado de *Rocinante*. (Risas y aplausos.) ¡*Rocinante!* sin él nada hubiera logrado *Don Quijote*, sin su jamelgo flaco quedara el héroe en tierra, y con él sus inmortales aventuras. El pobre jamelgo acompañó á



su señor en su odisea, ora al trote, ya con el cansino galope, en sus andanzas y estragos, y si rodó al polvo en sus azares, su cuerpo, criba y matadura de una pieza todo él, fué como historia del héroe escrita en su cuero vil con sangre y lodo.

*¡Rocinante!* yo te adoro como pergamino moliente y viviente en que se grabó con letra roja una historia gloriosa, te venero aún más porque para mí representas, algo como símbolo del pueblo español. ¡Como tú este pobre pueblo sufrió la cabalgadura de los fantasmas del ensueño, como en los tuyos corrieron sobre sus lomos los caballeros de la quimera y hoy ¡pobre! tendido sobre el polvo del camino, salpicado de mataduras y espolazos, con el mirar apagado y la helada sonrisa de la muerte en sus amarillos dientes, ofrece vestigio al caminante de que España ha muerto. Tú, noble corcel, llevaste á galope en tus lomos á cuantos embaucadores te tomaron de la brida, fuiste á la guerra cubana y diste tu piel... Y si hoy eres carroña y colmena de pútridos insectos, débelo á que de puro noble te dejaste pudrir por todos y de todos fuiste pasto! (Grandes aplausos.)

### **La Catedral española**

Y ahora, *Rocinante*, que hablé de tí, justo es que hable un rato de tu señor y amo, que es razón. ¡Pero hablar de Cervantes, mentar á «Don Quijote»! ¿Quién es osado á hacerlo?

La grandeza de la obra, la pequeñez del intento espantan.

El Sr. Milego, en su elocuente y erudito discurso, ha tenido, entre otras, una gran frase. «Se ignora—ha dicho—dónde reposa el cuerpo del gran Cervantes, dónde yacen y duermen sus ilustres restos.» Pues yo en esto veo, justamente, la grandeza del más grande de nuestros hombres. Como la naturaleza inmutable y eterna, los genios de la raza no tienen nombre, ni cuna, ni tumba: ellos carecen de horizontes reales como el ancho mar y la dilatada, inmensa tierra. Carecen de etiqueta como los elementos y las fuerzas humanas, y así como se titula *viento* al rebullir de la atmósfera, *sol* al fecundante y eterno rey y señor de la luz, *tempestad* á la explosión del alma de la naturaleza, *catástrofe* á la ira de cielos y tierras, *amor* á la divina cópula de dos seres, así se llaman Cervantes, Shakespeare, Schiller, Gothe, Víctor Hugo, á la humana encarnación de la raza, del alma, del corazón de la sangre y de la vida de un pueblo. (Grandes aplausos.)

Un ilustre poeta, admirador de Cervantes, el gran Enrique Heine, habló una vez del espectáculo que ofrecerían las altas cimas del pensamiento al reunirse y cobrar su voz...

Imagináos, sí que en el silencio de la noche, á la luz blanca y cándida de la luna, en la planicie inmensa de Europa, se juntan en coloquio los monumentos más

grandes y sublimes del mundo. Allá, entre nubes, aparece la Catedral de Colonia; con el mechón de una nube en sus sienes blanquea la noble frente del Partenón, luego las torres parduzcas de Toledo, más allá la rechoncha pétrea masa de Nuestra Señora de París, entre albores de plata las filigranas de la Alhambra, hosca y tétrica la cúpula orgullosa de San Pedro de Roma... E imagináos más, imagináos que esos monumentos sublimes de la vida humana cobran voz y que sus lenguas de piedra cantan la sublime estrofa de una edad; sus dolores y suspiros exhalan triste queja al son del grave órgano y con el vibrar de las campanas, y las flechas góticas, perdidas en lo gris de las nubes, parecen resbalar hasta el cielo la eterna lágrima del humano dolor. Imagináos cuan gigantesco y sublime lenguaje hablarían entre sí las altas cimas del pensamiento humano, emblemas y símbolos de los pueblos todos que habitaron la tierra. (Grandes y estrepitosos aplausos.) Así pensad que esa misma noche de la eterna historia y del eterno misterio, se reunieran la «Divina Comedia», el «Paraíso perdido», el Hamlet», el «Fausto», «La vida es sueño», «La Iliada», «La Eneida», «La leyenda de los siglos», el «Quijote»... Si les preguntaran de donde venían y quien los engendró, responderían despectivos:

—Nosotros somos la raza latina, somos nosotros la luz del Norte, somos

razas, somos pueblos, somos símbolos, no tenemos nombres, somos la naturaleza hecha carne, hecha sangre, hecha piedra, hecha notas, hecha letra de imprenta. (Grandes aplausos.)

Así es Cervantes, así el *Quijote*. Es la Catedral de nuestro arte, la obra de años, de siglos, donde las generaciones todas pusieron su alma. Esos gigantescos relicarios de piedra, donde se guarda la joya inmortal del espíritu de una raza, ni tienen padre, ni cuna, ni principio, ni fin. La vida humana depositó en la colmena pétreas el zumo de su miel: el arquitecto sus audacias, el escultor sus moldes, el músico sus notas, el artífice sus filigranas, el mago del color sus luces que se quiebran en el cristal de los altos ventanales, el pintor sus cascadas y torbellinos de fulgurante iris... Y todos, todos, juntos, labraron el viviente museo de la nación en que las piedras enrojecidas por el tiempo parecen hechas de carne viva por la de mil generaciones, en que las bóvedas perdidas en el cielo parecen el suspirar de de muchos miles de miles de almas. (Grandes aplausos.)

«El Quijote» es, sí, nuestra Catedral. El lenguaje nacional, durante tantos siglos elaborado por gentes y razas varias, toma carne, bulto y color, al labrarlo y esculpirlo el gran artífice, el alma española dispersa en los girones de una historia rota, como rotas estaban sus banderas en incruenta lucha, tuvo en Cervantes su mol-

deador sublime, quien le dió mágicas alas de color y raudó vuelo, quien puso en ella bríos para remontarse al cielo del ideal. Y en la mágica catedral de la literatura española, el gran manco de Lepanto, juntó y fijó el viviente Museo de nuestra historia y de la historia humana. Todo lamento y dolor, como toda alegría mundanal, en ella tuvieron su asiento y trono; la exposición de sus tipos físicos y morales forma la inmensa y varia Galería de la pintura de la especie humana: la gracia, la belleza, los matices y eflorescencias del jardín del idioma patrio, con los gorjeos de sus aves, con el perfume de sus flores y el dormido son de su rumor, todo ello, airea, embalsama, festeja y canta á la pompa y á la gala nuestra. En esa catedral cervantesca duermen el sueño eterno los gentiles caballeros y asoman su muñeca irónica los villanos y fantasmas como en el follaje gótico de nuestros templos ríen y burlan á los siglos las quimeras y gárgolas.

Ante esa catedral de nuestra lengua hecha de piedra, de luz y cielo, de arquitectura y escultura, de cuerpo y alma, resumen de nuestra gloria y de nuestros infortunios todos, nos descubrimos con el alma y de hinojos oramos. (Grandes y estrepitosos aplausos.)

### **Los cervantófilos**

Por ser Cervantes como la Catedral, bandera y símbolo de un pueblo, ante la

magnitud del espectáculo parecen cosa ruin, esos engendros de la caciquería ratonil que con apariencias y careta de festejar al héroe, le llevan y encadenan á los tenduchos de su vanidad ó de su casta ó secta política. Me mueve á risa la contemplación de esos bicharracos pedantones que huyeron de la cueva de Montesinos en la triste penumbra de su imbecilidad ó de su desafuero intelectual, cargando con los gloriosos huesos de *Don Quijote* en el tardo y desmayado anochecer de los amarillentos crepúsculos de la envidia.

De esta fementida gente, que escapó por ineludible y archigenerosa ley del tiempo, á los botes de la lanza de *Don Quijote*, brota hoy día en la tierra española crecido mundo de escarabajos y sapos. ¡Triste misión la de los héroes de la epopeya humana! Sus contemporáneos les niegan todo, hasta el necesario sustento y por si ello no bastara, al caer deshechos en las batallas de la vida, llegan presurosos al campo de lidia los desbalijadores merodeantes de la historia, para desceñirles la armadura, robarles la faltriguera, arrancarles corazón y cerebro con las tiras de su piel... Y digo todo esto en son de protesta honrada contra aquellos funerarios *cervantófilos* cuervos de la humana grandeza, que en la carroña y el limpio hueso de los cadáveres afamados, hincan su pico. Gentes hay que hacen mercancia y bazar de *Don Quijote* y de Cervantes, robando al seco puchero del gran hombre que murió

famélico, los garbanzos que ellos gozan haciendo de su memoria provecho.

Esas gentes, unas por el escándalo, otras por la servil adulación, añaden más pesadumbres á las que en vida sufrieron el *Ingenioso Hidalgo* y su magnífico padre intelectual... Mil y mil menguados libracos corren por el mundo en los que se arroja por los suelos al héroe, tildando á Cervantes de extremado robador y aun de finísimo alcahuete, haciéndole cómplice de judaicas mancebías, ó poniéndole al nivel de cualquier vulgar matarife, recaudador de contribuciones ó pincho de consumos. Otros, por el contrario, lo elevan tanto hasta la omnisciencia humana, que no parece sino que el mundo se detuvo, al modo que Josué dicen que paró el sol, cuando el hidalgo de Alcalá mojó en su tintero de cuerno la gloriosa y tosca pluma con que escribiera el «Don Quijote». Para estas gentes no fué Cervantes un sublime artista, que esto quizá es lo de menos para ellos, fué antes que todo, sublime político, avisado hacendista, genial matemático, extremado médico, quintaesenciado mujeriego, sutil filósofo, insigne romancero, habilísimo alcabalero, gran mercader, endemoniado hechicero, músico portentoso y hasta zapatero, sastre, cocinero, repostero, militar, cazador y perfumista. De todo esto, señores, se ha escrito mucho y bueno y catalogado en gruesos libros lo mediano y lo malo.

¡Para cuándo, señor, las honradas y re-

cias manos del barbero y del cura, que limpiaran de una vez la biblioteca quijotil de ese moderno enjambre de libros de caballería... y aun de infantería (Risas) conque los cervantófilos pretenden honrar al genio! (Aplausos.)

### Politiquerías

Y por si ello no fuera bastante, ahí tenéis á los políticos ó sectarios empeñados en conquistar á Cervantes para sus banderías y partidos. ¡Pobre genio! Los reaccionarios le pintan como inquisidor, los conservadores como padre de su rancio y pétreo buen arte de gobernar, los católicos le ponen al nivel de un cristiano de los que perecieron en el circo romano, los liberales le estiman poco menos que un Canalejas (risas) y las gentes avanzadas le tildan de anticlerical, demagogo y aun feroz internacionalista. ¿En qué quedamos, señores?

Pues bien; á fe mía que ni Cervantes fué un prodigio de humano saber en las ramas todas del frondoso árbol de las ciencias, ni tan bajo y envilecido como le suponen otros, ni á estas fechas he averiguado yo si formó parte de un comité, ni si caló boina, gorrofrigio, tricornio ó sombrero de teja. (Risas.)

Lo que más me irrita, señores, en medio de estas chanzas póstumas que destilan risa, es el afán de los presuntuosos y estirados por querer hacerle académico. ¡Oh, no! Las fiestas oficiales que estos días



se celebran son profanaciones á lo natural del alto espíritu que se pretende enaltecer. Me indignan, lo digo con franqueza, esas bambochadas oficiales con que se lleva por las calles á Cervantes, atraillado de concejales y oficinistas, de pomposos pavos reales con uniforme militar ó civil, de gruesos canónigos y de lustrosos sacerdotes, gente por lo general vulgar, embutida en los raquítricos cajones del prosaico armariote del vivir, esclavos del balduque, de la salvadera y de la pegadiza oblea, personajillos sin guardilla cerebral ni sol en su alma, incapaces de comprender la grandeza del genio, gentuza ruía, por fin, que bosteza la vida y no la sueña. (Risas y aplausos.)

¡Qué repugnantes cortejos! ¡Oh, menguada trailla del garbanzo oficinesco, olla podrida en que hierve la triste moderna España del expedienteo menguado! ¡Gente de noria y de cencerro, retírate que estorbabas!

## La fiesta del pueblo

Que para mí el verdadero, el legítimo homenaje á Cervantes debiera hacerse allá en lo más vivo de la fecunda entraña popular y de la inagotable generosa madre tierra.

Yo celebraría la fiesta del caballero andante y de su padre en medio de los campos, á la sombra de la corpulenta encina, donde antaño, en los «tiempos de oro», se cogía el fruto con sólo extender la

mano, junto al rancho de los cabreros y engullendo su humeante caldera, no lejos de aquella simpár *Dulcinea* que aparecería en la enramada con el marco de verde pámpano y de silvestres flores, dando consuelo al triste y suelta á los galeotes, lágrimas á la mariposuela *Gitanilla* y bolsas que cortar á Rinconete y á Cortadillo.

Y luego al son del guitarreo de aquellos estudiantes calaveras de «La tía Fingida» solazaría el oído mientras la *Tolosana* y la *Molinera* acariciaban á Sancho tendido á la sombra de su rucio, bota en mano y refrán en boca... Y si en lo alegre del banquete quería el del *verde gabán* improvisar algún romance de caballería, ó si el duque con sus guantes de ámbar, ó la duquesa con sus manos gentiles, copias transparentes del cristal de los lagos, festejaran al caballero y tomaran linda parte en la villanesca fiesta, fueran ellos todos bien recibidos y agasajados.

Esa fiesta de la naturaleza, celebrada en el inmenso escenario sin límites de los campos verdes y de los cielos azules, representada por todos los actores de la tragedia, del drama, del mimo, del sainete, del regocijo y del dolor humano, perfumada por el tomillo pastoril de las abruptas sierras andaluzas, alegrada por las músicas populares y enrojecida con el tosco zumo manchego, esa, esa es la que correspondía en verdad á la leyenda y á la historia del héroe. (Grandes aplausos.)

## Cervantes ¿académico?

Pero, señores, encerrar el águila de las aventuras en la menguada jaula del grillo académico, encajar en la gallarda gola de *Don Quijote* los fementidos collarines de la moda del día, cubrir su flexible y caballeresca armadura con el pesado casacón de los suizos guardadores del idioma pátrio, eso no es profanación tan solo, es burla é infamante castigo, mentira de las letras y ofensa de la libre naturaleza.

¡Ah, si Cervantes hubiera vivido ahora! Sus arrogancias las tomarían por blasfemias los mismos que le festejan y loan hoy, su indómito, su ancho, su humano sentir, su colosal obra, profunda como los cielos y audaz en su brotar como los frutos de la inculta tierra, parecería injuria y torpeza á cuantos hoy la elevan y el lenguaje de sus tipos plebeyos, la cascada voz de sus prostitutas, la suelta y vinosa jerga de sus pícaros y bandidos, las inflexiones groserotas de sus gitanos, los erup-tos de Sancho y la algarabía, picadillo, mostaza y bronca de sus héroes, llevaría el fino pañuelo de las narices á las de esos sesudos señorones que le colocan hasta en las nubes y pondría en su boca órdenes para que se cerraran de un fuerte portazo ante el bohemio, las enanas puertas por donde se desliza el coleóptero espíritu pedagogo de las Academias modernas. (Aplausos.)

¡Y que de buena gana se riera él, el propio Cervantes, de tanto y tanto dis-

curso retumbador y de tanto Sancho y de tantos gobernadores de Barataria y de tantísimos caballeros de penacho y mandoble y obispos y obispillos y vanidosos y asalariados como le traen, le llevan, le encocoran, le atraillan, le confunden, le hacen carne viva y gloria de trapo en estos felices días de la resurrección cervantina! (Risas y aplausos.)

### **Si viviera hoy**

Pensad vosotros que ese gran hombre, hoy festejado, acabó sus días todo huesos y hambre, que su fama mereció el menosprecio de muchos y que los tatarabuelos de esos grandes, de esos altísimos personajes que hoy le loan, apenas le arrojaron un hueso, tras de cercenarle un brazo en honra del rey y tenerle en cautiverio por servir á su patria. ¡Cuán fácil es á los egoístas de la vanidad, á los magnates vacíos y sin alma, derramar lágrimas ante una gloria fenecida! Ya lo dijo Sancho: «*A burro muerto...*» (Risas.) ¡Reyes, grandes, personajes, siempre los mismos, egoístas con el débil, lacayunos aduladores con el triunfador y si es muerto más! (Aplausos.)

### **Cervantes revolucionario**

La gloria de Cervantes y su homensaje pertenece por legítimo é inalienable derecho á los que padecieron en el trágico de la humana vida, á los grandes perseguidos, á los infortunados sublimes, no á los ricos

ni á los poderosos ni á los cerebros vacíos de belleza.

Sin necesidad de fijar á Cervantes en ninguna escuela ni secta, bien puede asegurarse que, como á gigante revolucionario, debemos admirarle.

Revolucionario en todo y por todo, en su vida, en sus obras, en sus sueños, en sus delirios, en sus desdichas. Si ahora viviera el mundo, si su espíritu colosal vibrara con los temblores del telegráfo y corriera en alas de la locomotora, aquel soberano ingenio, que llevara á sus libros hirientes ecos del clarín del campamento, gemidos de la mazmorra argelina, las trombas de fuego y el relampaguear de las espadas de Lepanto, la canción del cautivo y el decir de la canalla moz, aquel ingenio del pueblo, ¡qué colosales, qué incruentos, qué fatídicos cuadros no trazaría en la moderna España, desde los suplicios de Montjuich al estertor de una raza toda luz y gracia, que allá, en Andalucía, cubre los vergeles con andantes cadáveres! (Grandes aplausos).

Fué revolucionario en todo y por todo, sí; en el lenguaje, en la creación, en sus doctrinas.

### **La miel de Grecia**

La lengua española, dormida largos siglos en el misterio de su gruta nativa, el decir nacional, petrificado en los labios de la plebe, enroscado como galeote á la pluma del escritor durante innumerables

lustros, despierta de su sueño ante el conjuro mágico del gran artista, toma vuelo sutil en transparentes alas, y risueño, gentil, bordando con el iris del sol su multicolor coselete de esmeralda y rubí, vuela en los altos cielos cual mariposa de la gracia y de la ironía clásica... Y vuela por los jardines sonrientes y frescos del arte, corre Europa libando la miel, allá donde las flores se la ofrecen en sus copas de oro: y ya se detiene ahita de dulzuras bajo la casta selva virgiliana que baña el golfo de Nápoles como roto zafiro, ya corre y vuela, rumorosa y gentil hasta las doradas colmenas del Himeto, y liba allí la clásica flor de los inmortales atenienses ó se refresca y espolvorea el sutil polvillo de oro de sus alas en los rientes chorros, que como eterna carcajada de frescura y de luz, brotan las atenienses fuentes.

Y por fin, la mariposa genial, amada-mada y gentil como es, desciende á Italia y va á Florencia, y despliega allí la señorial brillante cola de su fastuoso vestido de seda para entregarla á los burlones pajecillos de Boccaccio que la paseen y la festejan mientras guiñan, picarescos, al recordar el cuento del *Decamerón*, referido por su maestro en la velada plácida, junto á la chimenea de campana...

Eso fué, perdonadme lo extraño del símil, lo que Cervantes hizo en nuestro idioma; vestirlo con la gracia inmortal de la divina Grecia, cubrirlo con el manto sacerdotal de la severa Roma, alegrarlo

con los multicolores justillos de la picaresca italiana. Y de aquí esa gracia, ese encanto, esa plácida morbidez y ese ligero y grácil revolotear de la palabra y del período, que la sublime lengua cervantesca ostenta, todo aire, luz, elegancia, cortesanía, filtro mágico que sosiega las almas en dulce siesta, mármol puro que fija para la inmortalidad los refranes villanescos, y pone en el rústico labio de un Sancho, el lenguaje eterno que hablaran los Cicerón y los Platones. (Grandes aplausos.)

### La rebeldía

No profanemos á Cervantes, señores, mezclando su limpio nombre con el de las mercaderías políticas ó sociales.

Su espíritu rebelde, revolucionario, lo fué de protesta contra la injusticia humana, no en el estrecho sentido que á la palabra revolucionario se concede. Literariamente, su libertad de escribir y hablar rompe de una vez con los moldes viejos, el troquel de la retórica salta hecho añicos al bote de la lanza de *Don Quijote*. El estilo cervantino es como jardín de toda la flora hablada, tiene los colores, los matices, la sensibilidad, la rudeza, la gracia, la timidez y la bravara, de las flores y de las plantas queorean los vergeles y que se desparraman, ávidas de tierra, por boscajes y selvas.

Es el resumen de las plasticidades del fecundo renacimiento italiano con sus cor-

tesanías y almíbares, el espejo de la apacible serenidad helénica en que sonríen los Dioses, el reflejo de la robustez matronil romana que escribe en piedra, el haz apretado y el fecundo chorro en que se juntan y se embeben los hilos sutiles que al través de las Edades fecundan con sus linfas el ancho cauce del idioma español.

El estilo cervantesco, cubierto con la herrumbre del tiempo, barnizado con las lacas de la historia, cubierto del polvo venerable de los siglos, amarilleando en él el jaramago de las colosales ruínas históricas, sí que les aparece académico y hasta inmóvil á muchos. Pero volved la vista atrás, y comparando la gramática cervantesca con la de sus padres y abuelos, bien podéis asombraros de lo enorme de la audacia y de la revolución del genio. Hoy mismo, las gentes apocadas ó temerosas cierran sus oídos á las picardías villanescas del «Quijote» y les parecen sus dichos y hechos aderezo de mal gusto, con sabor de taberna y tufo de posada manchega...

Pues por eso, por eso mismo es inmensamente genial y colosalmente revolucionario Cervantes... Desde que el mundo es mundo, éste se dividió en todo tiempo entre reaccionarios y audaces, entre los que van uncidos á la secular noria de la rutina y los que tienden su vuelo á lo desconocido, entre los Quijotes y los Sanchos.. Por eso mismo, repito, los genios que se alzan en la historia sobre el nivel común,



parecen reaccionarios á los avanzados y avanzados á los reaccionados. Y es porque estos genios se levantan sobre el rebaño humano, que corre los caminos de la vida pisando el mismo polvo desde que brotó la tierra, bajando el cuello servil ante el cayado del eterno pastor, el de la rutina y el miedo á las cosas nuevas. (Aplausos.)

Cervantes es la Naturaleza, un pedazo de mundo, y así como la madre tierra brotando y creciendo á toda hora con el genial desenfado del chicuelo y el desdén de toda alma fuerte y joven, así como esa madre revolucionaria del mundo que nos pone encueros vivos sobre la riente tierra, desprecia y burla á los hombres, considerándolos como enanos, así el gran Cervantes debe reir desde el fondo de su tumba cuando le discuten los blancos ó los negros, los colorados ó los lilas. (Risas.)

— ¿Queréis un ejemplo vivo?

— Id estos días de primavera á presenciar el resurgir de la Naturaleza. Ella crece y ríe sin mirarse de nadie: los árboles se cubren del caparazón de sus hojas sin pedir permiso al arquitecto ó al alcalde de barrio, las flores se desparraman con sublime desconcierto de color por los verdes prados ó trepan impacientes hasta montañas y cumbres: los yerbajos, sedientos de habitación, suben á las paredes y se enroscan por los troncos, las hiedras enroscan sus lenguas verdes en el

palacio y en la choza; los ríos y los arroyuelos, con los pájaros, ofrecen á los hombres dulces ó bravías músicas de nadie aprendidas.

Tierra y cielo parecen estallar en colossal carcajada, es la de la libertad, la de la independencia, la del genio, la del vivir, la del amar, la del gozar, la de no tener escuelas, ni modelos, ni divinidades, ni otro culto que el de la Naturaleza misma, el de nacer desnuda para cubrirse luego de hojas. (Grandes aplausos.)

Por eso, señores, los hombres al lado de la Naturaleza son sus lacayos, y por eso Cervantes es el genio, porque es la Naturaleza, porque es un pedazo de humanidad, y por eso sus críticos y comentaristas me parecen botánicos que discutieran la belleza de los árboles, naturalistas que empequeñecieron con su lente el sutil vestido de la mariposa, tan suntuoso en lo inmenso de los cielos. (Aplausos.)

## **Cervantes, Zola, Daudet, Gorki**

Y hablando, hablando de estas grandes cosas, la mariposa de mi fantasía vuela también al través del universo mundo y ante mi aparecen cuatro excelsas figuras, las de Cervantes, Zola, Daudet y Gorki. Hace poco os hablaba del empaje revolucionario del gran manco... y, ya lo véis, inmediatamente surgen de entre las nieblas del recuerdo los cuatro nombres.

¿Por qué, me pregunto yo, esos her-

manos siameses del ingenio humano, unidos por la ligadura de su infortunio y todos ellos moldeados en igual macerada carne de sufrimiento, porque, pregunto, los unos y el otro se comunican al través de las edades por el telégrafo invisible de la belleza?

Cervantes viviendo el siglo XVI, Zola el XIX, se juntan y se completan en un mismo corazón. Zola, como Cervantes, hizo estragos en el idioma de su patria, humillándolo ante el genio popular y reverdeciéndole con la sávia nueva del lenguaje callejero. Zola, como Cervantes, fué perseguido en su tiempo por los infortunios humanos.

Hubo de habitar guardillas y recoger en ellas los suspiros de los que viven más cerca del cielo cuando más desamparados están de él. Zola, como Cervantes, puso voz y alientos al eterno coro de la tragedia plebeya, dió acento literario á los miserables y gritos de indignación á los oprimidos. Galeotes españoles y ladronzuelos parisienses prestan al idioma de su país el original tesoro de su hablada *germania*, prostitutas del *bulevard* y *mozas del partido* descienden con igual desgaire, hasta el fondo del tintero cervantesco, hasta el del rebelde francés para en ellos sumir la negra tinta de sus desvergüenzas canallescas.

Zola, como Cervantes, arranca de la entraña popular sus lobregueces y ambiciones; ambos á dos contemplan la vida

desde la torre del dolor. Los dos, en tan distintos tiempos, son eslabones de la cadena misma, de la realidad humana. (Aplausos.)

Daudet, cual Cervantes, arranca carcajadas atenienses á la humanidad de su tiempo. El flaco hidalgo y el espiritual cantor del Mediodía francés, se regalan y festejan en la misma mesa. El padre de «Tartarín de Tarascón» y el progenitor del «Quijote» beben juntos el vino de la gracia en la gentil copa de oro del genio latino. Daudet descende á la Mancha, recoge de la armadura del muerto *Quijote* las deshechas piezas, y con ellas viste de caballero al burgués de *Tarascón*. El provenzal y el señor de Argamasilla cazan juntos el mismo león de su desquiciada fantasía. Ambos sueñan el mismo triste ensueño, ambos son quebrada, irónica línea de la caricatura humana que cubre de risas el dolor.

Gorki... ¿habéis presenciado cosa más parecida al vivir del ruso y del español?

Como el cantor de la negra noche rusa, Cervantes sufrió rigores, persecución de la justicia. El revolucionario de la estepa rusa y el rebelde de la estepa manchega padecieron mazmorras. No hay comparación entre lo que sufriera el manco inmortal bajo el poder de los argelinos y lo que hoy gime Gorki en el cubil de sus verdugos. La prisión de Cervantes en Africa, que yo he visto por mis propios ojos, parece como extraña evocación de

negros cuádrros del infierno de la «Divina Comedia». Y en aquella cueva de Argel, que semeja profunda sima de lo infinito é insondable del dolor, sufrió largos meses el suplicio de las tinieblas y todo ayuno de sol: allí, los tiranos argelinos cargáronle de hierros, y sus amigos mismos, los que conpiraban con él en la subterránea conjura de topos, le vendieron, le atormentaron. ¡No hay página del terror ruso que pueda siquiera igualarse á las de los suplicios argelinos!

Pero Gorki, como Cervantes, parecen almas gemelas por el correr de sus vidas. Ambos lo fueron todo y de todo, volaron hasta el cielo de un aletazo y descendieron luego con vértigo hacia el lodazal humano. Ambos fueron artistas luego que soldados y operarios, oficinistas, mercaderes, mercenarios, cautivos, bohemios, enamoradizos, reñidores, filósofos, embaucadores, perseguidos y atormentados. Por esto, al través de los infinitos tiempos, parece surgir una misma queja de la estepa rusa y de las arenas manchegas, por eso los dos genios de la realidad, el de la bruma y el del sol, labraron con el harapo humano su torre de marfil, que domina al universo. (Grandes aplausos.)

¡Destino triste el de España! Sus genios lo han sido del Universo antes que nacionales. En el orden de la filosofía, un Luis Vives se adelanta siglos á los pensadores de Europa, en el de la pintura un Velázquez y un Goya señalan los caminos

del porvenir para que tiempo después alemanes y franceses, rusos y norteamericanos, vengan á España á robarles su color y su genio y fundar con sus despojos las escuelas modernistas... Y así en todo. Así Cervantes, galeote de las letras, eterno señor de la risa y del duelo humano, padre de todos los tiempos y de todas las literaturas, engendrador de las revoluciones todas. (Grandes aplausos.)

¡Señor de las alturas! ya que los extranjeros nos roban lo que de bueno tenemos, ¿por qué, señor no se nos llevan los gobernantes? (Risas.)

### El quijotismo

Los revolucionarios que aterran el mundo con el estampido de la dinamita, los rebeldes que cambian la faz de un país con el estrépito de sus fusiles, no se igualan en intensidad, en revolución y destrozo, al explosivo que brota del fondo de un tintero y recoge la pluma para desparramarlo en las máquinas de imprenta... La revolución francesa se hizo en el libro y más tarde en el periódico; la transformación del espíritu español brotó también de las páginas de «El Quijote». Por eso es, tan socialmente revolucionario el maravilloso libro.

Espíritus mezquinos son los de aquellos que solo consiguen ver en Don Quijote una ingeniosa sátira contra los libros de caballería de otros tiempos. Tan absurdo es esto como lo fuera el avalorar á

«Tartarín de Tarascón» como crítica fugaz de los hoteles de la Helvecia ó del vivir de los argelinos de su tiempo. ¡No!

Los dos libros, vestido el uno con la austera gramalla castellana del más puro, del más fastuoso de los terciopelos, arrebuñado el otro en el moruno alquicel de grácil espuma, ondulante y soñador como bocanada de pipa turca, los dos libros, digo, son como Biblias de la eterna lucha humana.

Como los cuadros de Rembrandt se parten en luz y sombra y las quimeras goyescas en humo y carne, así se divide la vida, en carne y espíritu, en barro y aire, en cielo y tierra, en escarabajos y en águilas (risas), en Sanchos y Quijotes, en *Tartarines* y en odaliscas de café.

*Don Quijote* no salió á campaña por sembrar á los vientos las dispersas hojas de sus libros de caballería: ni él iba tampoco en busca de castillos, ni de los molinos de viento, ni de las Princesas nacaradas, ni de la armadura del caballero, ni de los altos senos de su *Dulcinea* amada. Iba el pobre ser consumido de fiebre ideal, respondiendo á las fatales inexorables leyes de la vida. ¿Por qué, pues, tildarle de loco? ¿Por qué juzgarle al pobre como desequilibrado y deshecho en agua el seso?

Los que tal dicen, deben mirar muy hondo en sus almas para preguntarse si en el fondo de ellas no dormita también el espíritu de *Don Quijote*. La vida, que

al fin es una broma de mal gusto, es la eterna peregrinación de *Don Quijote* que por término sólo tiene la muerte. Tan *Quijote* fué aquél *Alonso Quijano el Bueno* al buscar princesas, como lo somos nosotros al perseguir la felicidad. Molinos de viento son la fortuna y la riqueza, castillos encantados el amor y la dicha, princesas de aire y luz, de nacares y ambrosías nuestras ilusiones terrenas. Y por eso, quien se cree más Sancho se ve de pronto á caballo, y sin quererlo enristra el lanzón de *Don Quijote*. (Aplausos.)

Todo es ilusión en la vida, y al fin, palabras, palabras y palabras, como dijo *Hamlet*.

¿Qué más? Si hasta los malvados, hasta los hombres sin alma y sin corazón, son los *Quijotes* de su mal, que persiguen con ilusión el castillo encantado de la desgracia y muerte de su prógimo. (Risas.)

¿Y cómo no? Si hasta el usurero, el más desprovisto de ideal que conozco, el más apegado á las miserias terrenas, sueña como *Don Quijote* en acrecentar sus riquezas que son para él también aladas bolsas.

Todo es sueño, todos somos *Quijotes* que caminamos á la muerte sobre el flaco rocín de nuestras ilusiones y fantasías.

Caemos en la vida y nos apalean cuantos yangüeses cruzan el camino. *Quijote* es el enamorado, *Quijote* el político honrado, *Quijote* el presuntuoso, *Quijote* el poderoso, *Quijote* el pobre... Por eso *Don Quijote* es eterno, por eso el libro inmortal es



como eterno camino de la vida, en el que todos nos encontramos, sobre cuyo polvo caemos todos á lo largo de la jornada. Hoy y ayer el mundo está poblado de molinos de viento y nuestras cabezas son castillos encantados. (Grandes aplausos.)

### **España y Don Quijote**

¿Y por qué, por qué, si esto pensáis, á veces vosotros mismos os rendís á la desconsoladora teoría nacional que pretende nada menos que enterrar á *Don Quijote*? Al final de nuestros desastres, surgió en España una como aspiración nacional hacia el reposo y el sueño. Quisimos dormir..., dormir á la luz del sol, único tesoro que nuestros enemigos no podían robarnos, dormir la eterna siesta de la pereza. Asimismo, en la época de Cervantes, al salir de la obscura noche medioeval y nacer los hombres en medio de las comodidades más exquisitas del Renacimiento clásico, los espíritus prosaicos quisieron también quemar nuestros antiguos libros de caballería.

La España del desastre pedía á gritos que se vaciaran de los estantes de nuestras fantásticas Bibliotecas tanto y tanto embeleco como acumulara nuestra fantasía en el espacio de siglos, que desamueblaran nuestros cerebros de los viejos chirimbolos nacionales, y desarraigaran nuestras almas, por fin, de la mala yerba del *chin chin* y de la *Marcha de Cádiz*.

Por eso Costa pidió que para siempre

se cerrara el sepulcro del Cid y que *Don Quijote* fuera muerto por fin.

¡Sueño estúpido! Así como los individuos no pueden vivir felices sin el rayo de sol de su ilusión, ni habitar en definitiva otra mansión que la de sus castillos encantados, los pueblos necesitan también de *Rocinante* para caminar al cielo de su ideal.

Está bien que se entierre para siempre al *Don Quijote* ridículo, al caballero de romance y de guapeza que se viste hoy de torero y usa navaja en vez de lanza. Ese *Quijote*, *Juantenoriesco* y bravucón, matarife y jaque, ese tipo nacional que se imagina al español como al más valiente y á España cual invencible nación que escupe por el colmillo, ese *Quijote*, digo, debe morir de una vez, acabado por la risa y por el desprecio público. (Grandes aplausos.)

Pero ¿el otro *Quijote*? ¡Ah!, ese no, nunca. Los hombres que pretenden mandar la cosa pública, esos varones sesudos que empuñan desde el pescante las bridas del Estado, esos dicen y repiten con aires de suficiencia que debemos ser «prácticos», que no debemos soñar.

«Aprended—añaden—de las naciones del Norte»... ¡Pues, bien, sabios averiados! Esas naciones *prácticas* son las que nos han robado lo único grande, noble y audaz que nuestra raza poseía. *Don Quijote*, señores pedantes, no habita ya en la Mancha, vive y goza en Londres, en París y

en Berlín. (Risas.) Sí, no riáis. Mientras se entrega España al Sancho-pancismo más denigrante y servil, lo demás de Europa, lanza al galope de su bravura al simpar *Don Quijote*. Esas naciones prácticas son las más soñadoras y fantásticas de la historia humana. Ellas, ¡y no ellas solas, que América también con sus Roosevelt, sus Castro y sus Porfirio Díaz! ellas, digo, fundan poderosas legiones para conquistar salvajes países, ellas lanzan sus hijos al peligro entre las nubes del ideal, ellas lidian en Asia y Africa en busca de dormidos tesoros, ellas luchan sin tregua contra el error y la dolencia, la enfermedad y la pobreza, ellas luchan por el ideal, por la felicidad de los obreros, por el mundo nuevo sin leyes, ni trabas, sin propiedad ni disciplina. (Grandes aplausos.)

Y decidme, ¿acaso no son éstos los *Quijotes* modernos? ¿Queréis *Quijote* más grande que el colosal Edison, luchando por sus inventos? ¿Hay caballero andante que se iguale á un Zola peleando contra el infortunio en favor de un *Dreyfus* y arrancándole de la muerte en martirio lento? ¿Semeja siquiera un libro de caballería á la epopéica guerra de los boers? ¿Qué *Quijote* puede compararse á un Koch ó á un Pasteur, que durante tantos años luchan en la soledad por hallar el misterioso microbio?

Los sabios, los luchadores, montan, sí, en el corcel de *Don Quijote*.

La naturaleza, cerrada á los humanos cual castísima dama, les esconde sus tesoros. Y hoy un ruido, luego un acento, mañana un fenómeno, despiertan en el sabio la sospecha del milagro.

¡Y entonces qué lacha! Los contemporáneos se le ríen, la gente zafia le titula *chiflado*, *soñador*, y *Quijote*, el mundo de los sabios se encoge de hombros y el pobre inventor, á caballo sobre su ideal, entre risas, sollozos y hambre, logra la maravilla del fonógrafo, la sublimidad del telégrafo sin hilos, el ferrocarril y el vapor... (Grandes aplausos.) *Quijote* fué Gutenberg, *Quijote* What, *Quijote* Marconi Roux... *Quijotes* cuantos en el mundo viven, sueñan, sufren por el ideal.

### ¡Sanchos!

Solo á nosotros, compatriotas de *Don Quijote*, quédanos reservado el papel de Sanchos. Nuestra vileza nos hizo caer en el polvo hace años y en él permanecemos.

Comemos barro y de miasmas de lodo respiramos. Nuestro rucio, que es el gobierno (risas), nos pisotea y hasta ejecuta sobre nosotros cosas irreverentes que se permite á los animales en todo sitio. (Risas.) Y así estamos y así vivimos, raza caduca, raza muerta...

¡Pidamos el nacimiento de un nuevo *Quijote*, grande y fuerte, bravo y sesudo, bien armado y de juveniles arrestos! Vista el caballero la armadura de *Lohengrin*

y flameen sobre su casco las alas de nuestra raza, aquellas mismas que nos hicieron volar por lo ancho del mundo. Y que nuestro *Don Quijote* pueble esta nación de obreros, de máquinas y de chimeneas, de inventores y de audaces, de rebeldes y de *machos*; que de un fuerte bote acabe con la costra secular, con la carroña de los siglos de la Iglesia, que penetre en la posada de nuestra política y allí mantee á cuantos hacen de ella lucro, granjería y robo, que limpie á nuestra España de su polilla, que sea en fin, el *Quijote* regenerador de las tristezas patrias.

HE DICHO.

(Grandes y estrepitosos aplausos que duran largo rato.)

